

## *OTRA AMARGA DESPEDIDA*

Era un día claro y frío y los relojes daban las trece campanadas. Una marea de gente resonaba sin descanso en la ciudad y yo, exhausto, emprendía mi camino hacia los suburbios para verla a ella. Lleva días lloviendo mucho, me pregunto cómo estará. Espero que no le haya afectado mucho, la lluvia le entristece.

Cuando ya había caminado un par de calles decidí hacer una parada en su confitería favorita, ya que la última vez que la visité me contó que echaba mucho de menos su pastel de chatarra, aunque es un poco caro. Cuando llegué, abrí la cartera y ofrecí mis últimas piezas para comprarle el más grande. En el último tiempo mi sueldo desguazando cuerpos en la morgue de Carsville había bajado mucho por la calidad del aire, que empeoraba constantemente y decoloraba los metales, lo que disminuía su valor. Sea como fuere, merecía la pena el gasto si eso me permitía ver su sonrisa otra vez y, una vez sin blanca, me marché de nuevo.

Naville, así se llamaba el amor de mi existencia, mi motivo para seguir. Nos conocíamos desde que salimos del paquete y desde entonces siempre nos hemos amado, sin importar guerras o invasiones. A pesar de todas esas dificultades, siempre llevo grabada en mi mente su brillante sonrisa. Cada vez que voy a verla me siento mejor, más ligero, más vivo, y por momentos se me olvida que en este mundo todo es terriblemente injusto y atroz.

Desde que invadimos la tierra y los humanos desaparecieron, ya no queda nada de lo que me enseñaron los libros de historia, ningún color, ninguna alegría, y Naville me hace olvidar, por eso siempre intento llevarle algo, ella se lo merece.

Cuanto más avanzaba en mi camino, más escuchaba a mis piernas quejarse. Hace tiempo que no me puedo permitir engrasarlas, y todas mis piezas

chirrían porque mis metales ya están anticuados. A pesar de ello seguí, ya que me quedaba poco para llegar y me moría de ganas.

Cuando apenas me quedaban dos calles, los nervios empezaron a recorrer mi cuerpo. Irónico, viniendo de un robot de tercera. Caminé más rápido, casi corrí, y después de unos minutos llegué a su lado.

- ¡Naville! Ya he llegado, hacía mucho tiempo que no te veía. Sigues tan guapa como siempre. ¿Sabes que tu tía Marie me ha regalado muebles para mi mudanza? Es muy amable conmigo. ¡Ah!, y te he traído tu pastel favorito...

Parecía que los pocos árboles que quedaban en ese lugar miraban a Carl con tristeza. Hacía horas que había llegado al cementerio y no se había movido del lado de aquella tumba de tierra. La lluvia deshacía sus piezas remendadas con cartón. Aquel pastel, ya sin forma, descansaba sobre el barro. Los truenos sonaban sin cesar.

Aquella fue la última vez que Carl fue a ver a Naville.

- Espero volver a verte, amada mía.

Cristina Álvarez Escobar – 2.º Bachillerato B